Misiones para los apaches en la frontera norte española en América

Posted on 1 de noviembre de 2007 by Juan M. Romero de Terreros

El pasado mes de junio se conmemoró la construcción de una misión para los apaches, doscientos kilómetros al noroeste de San Antonio, en Texas. Pocos meses antes había aparecido el último libro de Robert S. Weddle que, por vez primera en inglés, mostraba el diario de la expedición de castigo contra los indígenas «norteños», enemigos de los apaches lipanes, para quienes fue fundada la misión, destruida el 16 de marzo de 1758. Dos mil guerreros arrasaron el establecimiento español y causaron más víctimas que en cualquier otro ataque realizado contra la frontera norte española en Texas hasta aquella fechaJuan Romero de Terreros, «The Destruction of the San Sabá Apache Mission: A Discussion of the Casualties», Americas, vol. 60, núm. 4 (abril de 2004), pp. 617-627.. El fuerte que daba protección a la misión, alejado de ella una legua, sufrió –el 30 de marzo del año siguiente– un importante asalto que aceleró la preparación de una expedición de castigo contra los atacantes.

Los establecimientos del río San Sabá fueron paradigmáticos de la frontera norte virreinal. Las esperanzas puestas en aquel plan para pacificar a los apaches y su fracaso generaron –desde 1758– una amplia documentación, que estaba sin analizar hasta que Weddle publicó la primera edición de su monografía sobre San Sabá en 1966 (aunque ya existía desde 1959 una somera edición de documentos relacionados con el plan conocidos como *The San Saba Papers*Simpson Lesley B. (introd. y ed.), «The San Saba Papers», San Francisco, John Howell, 1959.). El drama de San Sabá muestra cómo la frontera norte se caracterizaba por la dureza de sus condiciones de vida y la violencia de los indígenas a pacificar. La frontera española, básicamente estudiada por historiadores norteamericanos, cuenta desde 2006 con la primera aportación de un académico españolAlfredo Jiménez, El Gran Norte de México. Una frontera imperial en la Nueva España 1540-1820, Madrid, Tébar, 2006., que permitirá su mejor conocimiento en España.

La frontera se extendía desde Florida hasta el norte de California y tenía una extensión de unos seis mil kilómetros, similar a la del imperio romano del siglo ii d.C. Era, al igual que aquél, una frontera permeable y movibleLuis Navarro García. Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias internas del norte de la Nueva España, Sevilla, CSIC, 1964.. Además es preciso subrayar que también vivió amplios y diversos avatares temporales. La presencia española al norte del río Grande, iniciada en 1513 con Ponce de

León en Florida, se prolongó hasta el año 1821, cuando se produjo, por la sucesión de Estados, la ocupación del territorio de la Corona por parte de México. Ambas dimensiones –espacial y temporal– influyeron también en que las tierras septentrionales novohispanas fueran tan difíciles de controlar. Esa complejidad no fue debidamente valorada por los responsables del proyecto de misiones para los apaches en el siglo xviii. La gestación del proceso se extendió desde 1730 hasta mediados de siglo, con una lentitud que se refleja incluso en la aprobación formal del proyecto firmada el 15 de octubre de 1758, siete meses después de que la única misión construida, la de la Santa Cruz, fuera arrasada por los enemigos de los apachesJuan Romero de Terreros, San Sabá, Misión para los apaches, Madrid, Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, 2000..

La real cédula reflejaba los objetivos perseguidos por la Corona en el proyecto. Destacaba la prioridad de propagar la fe cristiana entre los apaches sobre otros fines, como asentar a los apaches con la esperanza de que sirvieran de aliados en las relaciones con otras tribus de Texas, o detener la influencia francesa en la frontera. Los españoles trataban de impedir el acceso de franceses a Nuevo México o al río Grande. La presencia francesa era real en un territorio, recorrido y descrito por Cabeza de Vaca, ciento cincuenta años antes de que el señor de La Salle bajara en 1682 por el río Mississippi desde el Québec francés, alcanzando la costa del golfo de México y asentándose, en 1685, en una bahía cercana al río San Antonio. Algo que fue sentido como una amenaza, porque los franceses –aliados con las tribus del norte– aspiraban a acercarse a Santa Fe, con el pretexto de sus intercambios comerciales, para bajar hasta el norte de la Nueva España, zona de riquezas mineras codiciadas, con el propósito de asentarse allí. Esos recelos nunca desaparecieron, ni siquiera con la retirada francesa del continente americano tras la guerra de los siete años.

Un último objetivo del plan misional para los apaches tenía como finalidad establecer una vía de comunicación entre los establecimientos del norte de Nuevo México, los de San Antonio y los Adaes en el extremo este de Texas. La hostilidad de los indígenas aplazó ese empeño hasta décadas posterioresWeddle, entre otros, detalla en After the Massacre (pp. 90-94) los viajes de dos exploradores: Pedro Vial (Pierre, en realidad) y Francisco Javier Chaves, que habían vivido entre los taoyayas. Propiciaron la celebración de contactos entre los norteños y las autoridades españolas, haciendo posible una vía de comunicación desde San Antonio a Santa Fe a partir de 1784..

El proyecto del río San Sabá tiene sus propias características, diferentes de las de otros modelos misionales. En aquellas fechas la zona se consideraba terreno de caza de los apaches, aunque disputada por sus enemigos, las llamadas tribus norteñas y los comanches. Precisamente desde allí se pretendía conocer mejor las poblaciones nativas y pacificarlas. Por otra parte, San Sabá equidistaba de los límites de Nuevo México, Coahuila y de Texas que allí

convergían. Para evitar competencias entre los gobernadores de cada territorio, el proyecto se vinculó al virrey. Los inconvenientes de esta decisión son fáciles de deducir; se tuvo asegurada la falta de cooperación –por ejemplo– del gobernador de Texas, Jacinto Barrios, contrario a la creación de unas misiones para los apaches que quedarían entonces fuera de su jurisdicción. Vincular el plan San Sabá al virrey implicaría la obligada consulta directa a la capital, con las consiguientes y paralizantes demoras a la hora de recibir unas respuestas que podían tardar tres meses en llegar.

En su afán de evitar, asimismo, las habituales querellas de frailes, los responsables franciscanos buscaron pactar el proyecto entre los colegios apostólicos de la Santa Cruz de Querétaro y de San Fernando, en la capital. De este modo se decidió que cada una de las diez misiones previstas dependiera alternativamente de cada colegio. El candidato para dirigir el plan era el padre Santa Ana, que, desde San Antonio a partir de 1730 y en México desde 1751, había defendido las misiones para los apaches. Tras su muerte, su sucesor en San Antonio, fray Maria Ano de los Dolores, continuó solicitando aquellas misiones. Sin embargo, será otro misionero el designado presidente de las de San Sabá. Se trataba de un veterano franciscano que había trabajado en Texas durante treinta años, presidiendo las misiones del río Grande y siendo elegido padre guardián del colegio de Querétaro. Fray Alonso Giraldo de Terreros había conseguido asentar, en diciembre de 1754, a un grupo numeroso de apaches natagés en la primera misión para apaches de la que se tiene noticia: la de San Lorenzo, cercana al río Grande. Cuando fray Alonso marchó para gestionar apoyos para su aventura misional, los apaches natagés, enojados con el misionero que lo reemplazó, abandonaron la misión incendiándola. Fray Alonso, sin misión ya en San Lorenzo, en el colegio queretano, participó sin duda en la definición última del proyecto para los apaches, en la que también intervino un nuevo protagonista, su primo hermano Pedro, que ofreció al virrey financiar el proyecto. Este fue el único caso en la historia de la presencia española en América en que un plan misional fue financiado privadamente.

Pedro Romero de Terreros era un hombre de negocios ambicioso que se convertiría, mucho después del proyecto de San Sabá, en el personaje más rico y famoso del virreinato, al descubrir nuevas vetas argentíferas en Pachuca y El Real del Monte. Sin embargo, en 1755 estaba muy lejos de ser «el Creso de la Nueva España», como llegó a ser calificado, en una biografía laudatoria, por uno de sus descendientes. Pedro arriesgó todos sus bienes y los de su mujer, hipotecándolos para afrontar los gastos del plan misional. Se trataba de una fuerte apuesta de alguien motivado, sin duda, por un espíritu filantrópico y piadoso, pero que igualmente aspiraba a conseguir el reconocimiento y el favor reales, de los que se consideraba acreedor por sus servicios a la CoronaLa mejor biografía del emprendedor personaje nacido en Cortegana, en la sierra de Huelva, es la de Edith B. Couturier, The Silver

King, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2003.. Entre las condiciones que planteó al virrey incluyó la de que fuera su primo misionero quien presidiera el plan. El compromiso de Romero de Terreros con el virrey refleja matices y peculiaridades de la política misional franciscana que –es razonable deducir– fueron inspirados por su primo franciscanoArchivo General de Indias, México, 1933-B.. Por eso puede calificarse el plan final de San Sabá como la obra de ambos.
A pesar de lo laborioso de su preparación y del entusiasmo con que fuera asumido el proyecto por los responsables políticos y por los religiosos franciscanos –éstos llegaron a afirmar que «las misiones para los apaches son la mayor empresa de donde pende toda nuestra honra»–, el plan fracasó, como ya se ha indicado. Y tampoco fue un gran éxito la expedición punitiva organizada, en 1759, contra quienes destruyeron la misión de Santa Cruz. El proyecto de misiones para los apaches era tan ambicioso como el plan para California. Precisamente fray Junípero Serra fue nombrado sucesor del padre Giraldo de Terreros tras la muerte de este último, y encargado de continuar el plan para los apaches. Pero las autoridades descartaron pronto la viabilidad del mismo por la hostilidad de los norteños y la escasa colaboración de los propios apaches. Sería entonces cuando el padre Serra emprenda el proyecto de las misiones en tierras californianas menos peligrosas que las del centro de Texas.

El castigo a las tribus asaltantes de la misión era inevitable. El asalto a los establecimientos de San Sabá, el 16 de marzo de 1758, había sido sentido en la frontera con tal mezcla de horror y sorpresa que provocó el temor de que los atacantes acabarían con la presencia española en Texas, tal como ocurrió en Nuevo México con la revuelta de los indios pueblo de 1680. El coronel Ortiz Parrilla solicitó ayuda inmediata a los capitanes de la frontera para reforzar su presidio amenazado, sin que la ayuda llegara debido al recién mencionado temor. El virrey tuvo que obligar a los responsables militares de la frontera en Coahuila y Texas a que organizaran una reunión en San Antonio para preparar la expedición punitiva. Es oportuno recordar que las leyes de Indias –y fue ésta una norma que se observó en toda la frontera española– no permitían organizar expediciones de castigo, a menos que mediaran ataques previos contra personas o establecimientos españoles. Éste había sido el caso de la misión del río San Sabá. De ahí que el coronel Ortiz Parrilla pudiera partir contra los norteños a primeros de septiembre de 1759, al frente de la fuerza más numerosa jamás organizada en Texas, con excepción de la del marqués de Aguayo, que ocupó Texas en 1720. Aguayo estuvo al mando de quinientos soldados y la expedición de Ortiz Parrilla estaba integrada por 442 combatientes. Incluía indios amigos, entre ellos noventa y tres de las misiones de Texas y Coahuila y treinta tlxastaltecas, siempre fieles a la Corona desde Hernán Cortés. La novedad fue la presencia de apaches como aliados de la expedición española. Por primera vez, unos setecientos lipanes, doscientos de ellos guerreros y, el resto, sus mujeres,

familiares e hijos, acompañaron a las tropas durante las dos primeras semanas, eso sí, sin integrarse en la línea de mando. 134 guerreros continuaron durante todo el recorrido, sirvieron de guías, y finalmente combatieron junto a los españoles frente a los norteños. La expedición de castigo recorrió, en poco más de un mes, 220 leguas –unos 1.340 kilómetros–, desde San Antonio hasta dar con el poblado en el río Rojo, donde estaban los enemigos de los apaches y hostiles a los españoles que los protegían. Seis días antes de llegar al poblado, la columna encontró un poblado de indios yojuanes de la rama de los tonkagua, que Ortiz Parrilla consideró implicados en el ataque a la misión por encontrar en su poder restos de ropajes eclesiásticos españoles. Ortiz Parrilla atacó el poblado el 2 de octubre con el resultado de 55 muertos y 149 prisioneros.

El 7 de octubre Ortiz Parrilla llegaba al río Rojo y contemplaba con asombro, sobre un pequeño promontorio, una estructura fortificada, rodeada de un foso que impedía los ataques a caballo. Encima del muro defensivo había apostados centenares de guerreros, armados con mosquetes. En el tenebroso panorama, en el centro del fuerte, sobresalía la bandera blanca borbónica francesa, signo protector y símbolo de la alianza de los norteños con los vecinos fronterizos –también en América– de los españoles. Los indígenas, con su capacidad de fuego, no dejaban acercarse al recinto amurallado a las fuerzas de Ortiz Parrilla, quienes vieron cómo eran contraatacadas por guerreros a caballo, acompañados de auxiliares a pie, que coordinaban sus ataques sobre tres de los flancos españoles. Tras cuatro horas de alternancia de durísimos combates defensivos y de acoso, al caer la noche, los responsables españoles decidieron iniciar una retirada que, durante los primeros kilómetros de la marcha, no fue muy ordenada por el acoso de los norteños. Paulatinamente, y con la ayuda de los apaches, la retirada se completó, recorriéndose tan solo en tres días menos todo el camino de ida al río Rojo, pero en sentido contrario. El tiempo empleado en el regreso descarta una huida de los españoles, tal y como llegó a decirse en la época. La coalición norteña no celebró victoria alguna. Habían perdido un gran jefe en la lucha y sufrido la muerte de más de cincuenta guerreros, mientras que las bajas españolas fueron muy inferiores, incluyendo deserciones y heridos. Los norteños entonaron cánticos de duelo y no de victoria en la noche en que la expedición española emprendía la retirada. Así lo refleja la documentación y los testimonios, sin duda interesados, de los protagonistas de la expedición. No obstante, las opiniones de los cronistas de la época sobre el comportamiento del coronel Ortiz Parrilla y la combatividad de sus fuerzas fue muy negativa. Puede decirse que la expedición cumplió tan solo con un tercio de los objetivos previstos.

En la misión del río San Sabá afloran unos conflictos que se intensifican por la realidad de la frontera norte. Un ejemplo es el de la población indígena del centro de Texas. La frontera era un espacio en guerra permanente, no sólo entre españoles y las tribus pobladoras, sino

–sobre todo– de éstas entre sí. Puede simplificarse diciendo que en Texas, a mediados del siglo xviii, convivían las siguientes «naciones»: en la zona donde se juntan el río Grande y el río Conchos se asentaban los jumanos, asimilados pronto por los apaches, quienes dominaban el territorio desde Nuevo México hasta la zona central de Texas; más al norte estaban los wichitas, con una agricultura avanzada, vecinos de los osages, otra de las tribus belicosas del territorio, ambos con habituales contactos con tramperos y comerciantes franceses a través del río Rojo, cuyas aguas llevaban a los establecimientos franceses de la Luisiana; los comanches estaban asentados más al norte y al oeste que los anteriores. La presión de comanches y osages obligó a las tribus wichitas a descender hacia el sur del río Rojo, desplazando a los apaches que, a su vez, se enfrentaron a las numerosas tribus coahuiltecas del entorno del camino real que iba desde el río Grande hasta Los Adaes, al este de Texas, pasando por las misiones de San Antonio construidas, precisamente, para asentar a estas tribus. Desde 1720 hubo ataques apaches contra las misiones de San Antonio y contra los intereses españoles en la zona. También más al norte, los apaches atacaron las misiones para cocos y tonkaguas sobre el río San Xavier. Los apaches, en suma, mantenían relaciones bélicas con las tribus que les presionaban desde el norte y que deseaban desplazarlos de sus territorios de caza tradicionales. Los conflictos intertribales adquirieron además especial dureza desde que los indígenas se hicieron con caballos y armas de fuego. Ello les permitió modificar radicalmente su forma de vida, ampliando su movilidad, radio de influencia y aumentando su capacidad no sólo de obtener más caza, sino de ejercer un mayor grado de violencia.

En ese contexto, los planificadores virreinales decidieron intervenir para pacificar a los apaches mediante el método misional, que era siempre voluntario. Ahora sabemos que, si los lipanes firmaron y mantuvieron durante veinte años la paz con los españoles fue para que éstos, a través del sistema de misiones y presidios, los protegieran y ayudaran a luchar contra sus enemigos. Pero en 1755, cuando estaba perfilándose el plan misional para los apaches, las autoridades virreinales ignoraban la dimensión exacta de los desplazamientos tribales y pensaban que la zona del río San Sabá pertenecía sin ninguna duda a la apachería. Para aumentar la complejidad, recordemos que España mantenía relaciones pacíficas con enemigos de los apaches como los cocos o los tonkaguas, para los que se abrieron las misiones de San Xavier. Por eso no fue entendido ni aceptado por estas tribus el empeño español en cancelar aquellas misiones para privilegiar a sus enemigos tradicionales con la de San Sabá.

La expedición misionera y militar estaba compuesta de cien soldados, sus familias y una treintena larga de pobladores de la misión: un total de 440 personas, sin contar los abastecimientos y la reserva de caballos y de ganado de todo tipo. Al llegar al río San Sabá

comprobaron con asombro que no había un solo apache de los tres mil que habían prometido incorporarse a las misiones. Cuando aparecieron semanas más tarde, fue para ausentarse inmediatamente, con el pretexto de que era temporada de caza, negándose siquiera a dejar a sus familias en el río San Sabá. De hecho, no volvieron a presentarse, o lo hicieron sólo esporádicamente, frustrando las esperanzas de los responsables del proyecto. Las razones de esa ausencia no radicaban únicamente en que les repugnara pasar de una «vida noble» de cazadores y guerreros a servir como agricultores y ganaderos, oficios despreciables para la mentalidad de cualquier apache: el motivo más importante para no asentarse fue, quizá, su temor a que sus enemigos se sintieran atraídos por la concentración de casi toda la tribu lipan, facilitando, de este modo, su exterminio. En cualquier caso, el 16 de marzo de 1758, con una misión vacía de indios lipanes, los norteños llegaron, la asaltaron y la destruyeron, incendiándola completamenteUna reflexión interesante sobre las relaciones de españoles e indígenas, y en especial con los apaches se encuentra en: Alfredo Jiménez, «El bárbaro en la mente y la voz del ilustrado: La frontera norte de Nueva España (siglo xviii)», Sevilla, 52º Congreso Internacional de Americanistas, 2006. Véase también David Weber, Barbaros. Spaniards and their Savages in the Age of Enlightenment», New Haven y Londres, Yale University Press, 2005..

La destrucción de la misión, seguida de la expedición de castigo, supuso la desaparición de los protagonistas principales del plan para los apaches. Muertos dos padres misioneros, incluido el presidente fray Alonso, Pedro Romero de Terreros se desentendió de sus compromisos financieros. Quienes debían sustituir a los franciscanos martirizados, con el padre Junípero Serra a la cabeza, ni siquiera emprendieron el viaje a Texas. Barrios, el gobernador de la provincia, fue relevado. El coronel Ortiz Parrilla, capitán del presidio de San Sabá y de la expedición de castigo, perdió su puesto. Hasta el propio rey Fernando VI moriría pronto, al igual que su virrey en Nueva España. Desaparecida la misión, continuó funcionando durante una década el presidio de San Sabá como muestra del interés militar del plan sobre aquel río. El presidio, cuyos escasos restos visibles son excavados, cada año, con el apoyo de instituciones académicas tejanas y de entusiastas asociaciones de los vecinos de la ciudad de Menard, sigue dando testimonio de todo aquello que se pretendió, con tan poco éxito, en el plan para los apaches. Ya lo aseguraba el padre presidente de la misión de Santa Cruz, en su última carta, redactada pocos días antes de morir: «Todo el infierno junto está confederado para impedir esta empresa».

Autor: Robert S. Weddle

Edicion: Texas Tech University Press, Lubock

Titulo: AFTER THE MASSACRE. THE VIOLENT LEGACY OF THE SAN SABA MISSION